
EDITORIAL

Hay muchas clases de conservadores. Conservadores en política, en economía, en sistemas educativos. También los hay en el ámbito de lo religioso y de lo moral. Los escribas del evangelio eran conservadores de un tipo y los saduceos seguían otro conservadurismo, mezclado de política, observancias legales, religiosas y morales, muy distinto. También entre los cristianos ha habido y hay conservadores y conservadurismos. Y como en la Iglesia lo más visible es precisamente la liturgia nadie puede sorprenderse de que el conservadurismo eclesial se manifieste de modo relevante sobre todo en las celebraciones. De ello tenemos en nuestros días un buen ejemplo en el fenómeno de Mons. Lefebvre y de sus seguidores.

Y hay que afirmar rotundamente que ser conservador ni está mal, ni es en sí mismo ningún defecto. Sería estúpido y prueba de un talante de soberbia repugnante pensar que todo lo que los antiguos nos han legado es malo, o siempre inferior a lo que se nos ocurre hoy a nosotros. Un antiguo adagio latino hablaba a este respecto de la “*Veterum sapientia*” (Sabiduría de los antiguos) –la frase, por cierto, fue colocada como frontispicio de un discutido documento de Juan XXIII– realidad importante y que resulta necesario conjugar con otras, también necesarias y a veces olvidadas en otros tiempos, para el logro de una sociedad –de una Iglesia– rica en valores.

Por lo que respecta a los cristianos en concreto ser conservador resulta no sólo bueno sino incluso necesario. No hace mucho preguntaban al Obispo de una importante diócesis española si se consideraba conservador; él, con una fina y acertada ironía, respondía que todo Obispo –todo cristiano– que se precie de tal, es decir, que quiera seguir a Jesucristo y no substituir las enseñanzas del Señor por sus propias ideas, en el fondo, está obligado a ser conservador. En este contexto no puede olvidarse que una de las promesas solemnes que hace todo Obispo ante el pueblo en el día de su ordenación episcopal es precisamente la de ser “conservador”: “¿Quieres *conservar* íntegro y puro, pregunta el consagrante al que va a ser

ordenado, el depósito de la fe, tal como fue recibido de los Apóstoles y *conservado* en la Iglesia siempre y en todo lugar?” Y el elegido para el episcopado se compromete ante el pueblo diciendo: “Sí, quiero”.

Pero puede haber excesos del conservadurismo. Sería exceso “conservar” lo que no tiene valor alguno para un tiempo o situación concretos. Excesos de conservadurismo se han dado en la historia y se dan, sin duda, también en nuestros días. Por otra parte sería insensato pensar que nuestro tiempo es el único que está exento de este peligro. O que únicamente nosotros somos los seres privilegiados que vamos a evitar este escollo. Pensar de este modo de nuestra época o de nosotros mismos representaría un triunfalismo en el que todos podemos caer —en el que con frecuencia caemos— casi sin darnos cuenta.

En el ámbito de lo eclesial y de lo litúrgico, que es lo único que aquí nos interesa, resulta teóricamente fácil deslindar el conservadurismo legítimo de los excesos del mismo. La liturgia debe conservar todos y cada una de las realidades que el Señor legó a su Iglesia para que ésta practicara el culto en espíritu y en verdad (Cf. Sac. Conc. 21). Y usar —“conservar” o por el contrario olvidar y “renovar”— todos los demás elementos más periféricos. A estos elementos que “no vienen del Señor” (Cf. 1 Cor 11,25) debe aplicárseles la conocida regla ignaciana del “tanto cuanto”, es decir, deben conservarse o cambiarse en la medida que sirvan o no para una celebración más plena, más expresiva y más auténtica del misterio cristiano. Pero es al pasar de la teoría a las realizaciones concretas cuando no resulta a veces tan claro distinguir entre conservadurismo necesario y exceso de conservadurismo. Y es aquí cuando surgen también —o por lo menos pueden surgir— los excesos de conservadurismo a los que aquí nos referimos.

En su aún reciente Carta Apostólica *Vicesimus Quintus Annus* Juan Pablo II, al referirse al *futuro de la liturgia* (es interesante subrayar este contexto de futuro: el Papa quiere evitar el conservadurismo), hace una atinada observación que vale la pena subrayar: alerta del peligro de “conservadurismo” que amenaza precisamente a una generación de “conservadores”, que seguramente se ven a sí mismos muy lejos de este peligro y que incluso se consideran como el polo opuesto al conservadurismo y que son, no obstante, verdaderos “conservadores” y a veces incluso conservadores a ultranza. Son los que pasaron su juventud en la época en que se realizaba la reforma litúrgica y vivieron —nacieron podríamos decir— en medio de la ebullición del tránsito de la formas litúrgicas medievales a las actuales.

Para esta generación “liturgia” –o por lo menos “liturgia intensamente vivida”– fue sinónimo de “cambio” incesante de ritos. Y como verdaderos conservadores desearían perpetuar aquella situación e incluso –con un total desconocimiento de la historia– pretenden que este trasfondo de cambios e improvisaciones habituales fue lo que la Iglesia recibió en su etapa fundacional, es decir, del mismo Jesús.

A estos conservadores el Papa les recuerda que ya “no estamos en la misma situación de 1963; que una generación de sacerdotes y de fieles, que no ha conocido los libros litúrgicos anteriores a la reforma (es decir, que nunca ha vivido la liturgia como algo cambiante) actúa hoy con responsabilidad en la Iglesia” (14). Por ello les recuerda que hoy “ya no se puede seguir hablando de cambios”. Hoy la vida litúrgica de los fieles ha de centrarse, continúa el Papa, “en una profundización cada vez más intensa de la liturgia de la Iglesia, celebrada según los libros vigentes y vivida ante todo como un hecho de orden espiritual”.

Los cambios en la liturgia, que muchos –no todos– de nosotros hemos vivido, constituyen el evento que pasará probablemente a la historia como el acontecimiento eclesial más importante de la segunda mitad del siglo XX. Pero estos cambios son algo que pertenece ya al pasado. Perpetuar el contexto de “cambio” sería ser conservador. Hoy la vida litúrgica debe centrarse en un ámbito distinto: el de la profundización y espiritualidad de la liturgia tal como ésta, después del Vaticano II, ha cristalizado en los nuevos libros de la Iglesia. Pretender y proyectar aún ritos nuevos, tener como ideal la búsqueda de nuevas formas en las celebraciones, es ser conservador, es empeñarse en conservar “lo de antes”, lo que era actual en 1963 pero que hoy ya ha dejado de serlo. La actual generación, como recuerda el Papa, no ha vivido ya la liturgia como cambio. El cambio fue necesario para llegar a la meta de renovación que se proponía el Vaticano II. Como son necesarios los andamios para la construcción o restauración de un edificio. Pero terminado éste los andamios se retiran. Así hoy los fieles debe vivir la liturgia como quien habita en una casa recientemente construida o restaurada. Sin preocupaciones innecesarias sobre las reformas del edificio. Y sin que los nuevos conservadores les inquieten con sus “antiguas” maneras de entender la liturgia. Hoy el esfuerzo de todos debe tender al logro de una liturgia mejor vivida a través de la profundización de unas celebraciones ya totalmente restauradas. Lo contrario sería conservar los andamios después de construido el edificio, significaría, en último término, exceso de conservadurismo.

P. F.